

HARITZ LARRAGETA

ANNA KOPEK

y la espada vikinga

ILUSTRACIONES

Marko | Maëla



ANNA KOPEK

y la espada vikinga

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1ª edición: noviembre de 2025

Título original: *Anna Kopek eta ezpata bikingoa*

Diseño y maquetación: A. Beltza | Erein argitaletxea

Ilustraciones de portada e interior: Marko | Maëla

© de las ilustraciones Marko | Maëla

© del texto Haritz Larrageta

© de la traducción Angel Erro

© de esta edición EREIN. Donostia 2025

ISBN: 978-84-1093-070-4

D. L.: D 992-2025

EREIN Argitaletxea

Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Gertu

Zubillaga industrialdea 9

20560 Oiñati, Gipuzkoa

T 943 783 309

e-mail: gertugrafika@gmail.com

www.gertu.net



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

HARITZ LARRAGETA

ANNA KOPEK

y la espada vikinga

ILUSTRACIONES

Marko | Maëla

erein

I

Sorakoitz – Pamplona



— Voy a coger una botella de agua para el camino —determinó su madre—; hace mucho calor.

Era julio de 2021. Tras la pandemia que paralizó el planeta, se estaba recobrando poco a poco la normalidad. Los Juegos Olímpicos de Tokio 2020, que tuvieron que ser aplazados, estaban previstos para el 23 de julio de 2021. Y su madre tendría que acudir.

—No me mires así, Jokin.

—Pero es que yo quiero ir a Japón...

—Se enamoró de los baños japoneses —soltó Uxue, medio riendo.

—¡Cállate! —protestó su hermano—. En Japón hay cosas más interesantes. —Ya te traeré alguna figurita especial de esos cómics, Jokin. Te lo prometo —dijo su madre, dirigiéndose a su habitación—. ¡Y también algunos dulces!

—No es lo mismo —le respondió Jokin, cuando vio que su madre volvía con una carpeta en la mano.

—Ya lo sé, cielo. Tendrá que ser en otra ocasión.

Unas semanas antes, ante el temor de que el virus pudiera volver a expandirse, el gobierno japonés había anunciado que los Juegos Olímpicos se celebrarían sin público. Uxue y Jokin no viajarían con su madre, por primera vez desde hacía tiempo.

—¿Y qué vamos a hacer en Pamplona durante tantos días? —continuó Jokin.

—Lo primero —terció Uxue—: ir a la biblioteca. Está muy cerca de casa de la tía Leire. Es un placer, por una vez, disponer de una buena biblioteca cerca de casa.

—No volváis loca a vuestra tía, ¿de acuerdo? —interrumpió la madre.

—Vaaaaaaale —le respondieron los hermanos al unísono.

—El pasaporte, las tarjetas, la cartera... Tenemos que irnos, corazones. Coged las maletas y llevadlas al coche.

Jokin cogió la maleta con desgana y se dirigió hacia el coche. A Uxue se le escapó una sonrisa al ver el sufrimiento de su hermano. La madre se debatía entre la sonrisa de su hija y la tristeza de su hijo. Pero tenía que trabajar, y no podía llevarlos con ella: no había otra opción. Arrancó el coche y se dirigieron hacia Pamplona. Jokin

se despidió apenado a sus amigos, a los que vio desde el vehículo.

Necesitaron 36 minutos para llegar a Pamplona. Su madre dejó a Jokin y a Uxue al comienzo de la calle Nueva. Allí les esperaba, según lo acordado, su tía Leire. Después de abrazar a sus sobrinos, se acercó a su hermana y se dieron un fuerte abrazo. Jokin y Uxue no pudieron oír lo que se decían. Vieron a su madre un poco triste, y al despedirse se le escapó alguna que otra lágrima.

—Portaos bien, ¿de acuerdo? —les dijo, a punto de regresar al coche.

Eran las doce del mediodía y hacía mucho calor en Pamplona. La tía vivía en el corazón de esa ciudad de 200.000 habitantes, en el Casco Viejo, y se encaminaron hacia su casa. Era un piso pequeño, en la calle Zapatería. Sin ascensor y con cuatro plantas para subir.

—¿Quieres acampar en el tercer piso, Jokin? —le soltó su hermana, al verlo jadear—. Mañana por la mañana puedes intentar subir hasta el cuarto.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad? —respondió su hermano.

—Hace mucho calor —les dijo la tía—; he comprado dos botellas de horchata y las he puesto a enfriar en el congelador.

Dejaron las maletas junto al sofá y fueron a la cocina. A los tres les encanta la horchata. A su madre no, y por

eso nunca tenían en casa. Pero cuando iban a Pamplona de visita, compraban horchata y se la bebían en el paseo Sarasate, sentados en un banco, a la sombra. Su tía les observó por un instante.

—¡Cómo han pasado los años! Me parece que fue ayer la primera vez que os invité a tomar una horchata. Uxue tendría seis años y, por tanto, Jokin...

—Dos —respondió Uxue.

—Sí. Recuerdo que compré una sola para los dos. A Jokin le puse poco, pero le encantó y tuvimos que echarle un poco más. El problema es que ahora os veo y no puedo creer que tengáis ya dieciséis y doce años. Tú, Uxue, vas a empezar el bachillerato el curso que viene...

—Y yo el instituto —continuó Jokin.

—Estos diez años se me han pasado en un abrir y cerrar de ojos —sentenció la tía—; me estoy empezando a hacer vieja. Pero todavía me falta mucho para jubilarme: tengo que entrar a trabajar en el bar a las cuatro. Salgo a las diez, y, cuando vuelva, pediremos un par de pizzas. ¿Os hace?

—¿Y qué vamos a hacer durante toda la tarde? —preguntó Jokin.

—Podemos ir a la biblioteca... —propuso Uxue.

—No... En verano está cerrada por la tarde —interrumpió la tía.

—¡Anda ya! —se quejó Uxue.

—Pero yo también tengo muchos libros, si queréis. Y podéis dar una vuelta, si os apetece. Si necesitáis cualquier cosa, llamadme o venid al bar, ya sabéis dónde está. De paso, podéis hacerme compañía: no creo que tengamos mucho trabajo. —Cambió de tema de repente— ¿Vas a seguir con el fútbol el curso que viene, Uxue?

—Sí: después de la pandemia lo he retomado con gusto. Y también quiero seguir jugando al ajedrez.

—¿Y tú, Jokin, haces alguna otra cosa?

—Buenooooo... —empezó a decir Jokin, tratando de escabullirse de la pregunta.

—Nada de nada —respondió su hermana, medio riendo—. Casi no va al frontón, y se pasa demasiadas horas con los videojuegos...

—Pero estoy haciendo un cómic —respondió él, algo picado.

—Eso hay que reconocérselo. Desde que quedó segundo en el concurso de cómics del pueblo, se ha tomado el asunto en serio. Y lee un montón de cómics.

—Siempre lo ha hecho —añadió la tía.

—Pero ahora mucho más. Jokin es un friki.

—¡Le dijo la sartén al cazo! —replicó su hermano.

—¡*Touchée!* —reconoció Uxue.

—¿Qué queréis comer? —preguntó Leire, una vez más, cambiando de tema—. Los tomates que he comprado en el mercado están buenísimos. Voy a preparar

una ensalada. Y, después —continuó, con la cabeza metida en el frigorífico—, ¿unas hamburguesas vegetales? Tendría que bajar a por pan.

La tía Leire bajó a comprar pan, mientras que Uxue y Jokin se fueron a su habitación, para ponerse a vaciar las maletas. La habitación tenía un balcón, pero no era muy grande. A lo ancho, apenas cabía una cama y un colchón hinchable colocado en el suelo.

—¿Por qué el hinchable me tiene que tocar a mí?

—La vida es injusta, Jokin —le dijo su hermana con una sonrisa, sentada sobre la cama.

La casa tiene cuatro balcones y dos tragaluces: uno en el salón y el otro en el cuarto de los hermanos. La casa es pequeña, pero muy luminosa.

Después de comer, su tía se fue a trabajar, y Uxue y Jokin pasaron la tarde solos. Como hacía mucho calor en la calle, prefirieron quedarse en casa, leyendo delante del ventilador. De vez en cuando, Uxue recurría al móvil para hablar con sus amigos. Durante sus viajes, su madre les solía dejar un teléfono a cada uno, por si acaso, pero este era suyo; cuando cumplió dieciséis años, su madre le dio permiso para tener uno propio. El último mensaje de su madre era del momento en que había despegado por segunda vez. Tenía por delante un largo viaje, desde Madrid hasta Tokio, con parada en Roma.

Y, de pronto, Uxue recibió un extraño mensaje en el teléfono. Se trataba de una foto hecha a un papel, y el prefijo del teléfono del remitente era +384. Buscó en Internet y, para su sorpresa, aunque procedía de Europa, ese prefijo no estaba asignado a ningún país. El emisor no volvió a conectarse.

—Ven a ver esto, Jokin.

—¿Qué es ese papel?

—No lo sé. Hay un texto, pero no entiendo ni una sola palabra. No sé en qué idioma está escrito.

Í N D I C E

I	Sorakoitz – Pamplona	7
II	El manuscrito	15
III	Tejas	21
IV	El timbre	29
V	El paquete	33
VI	Mensajes	39
VII	Roncal	47
VIII	Dáinsleif	55
IX	Björn Ragnarsson	63
X	Ladrones	69
XI	El taxi	77
XII	Un fantasma mojado	83
XIII	Un fantasma seco	89
XIV	La espada	95
XV	Anna	99
XVI	Epílogo	105

